

Argentina

La leyenda del Domingo siete

Pues dizque en el pequeño pueblo de Cachirulo, en la provincia de La Pampa, vivían dos gauchos, Manuel García y Juan Martínez, fanáticos del juego de la *taba*, un hueso extraído de la pierna de la res. A diferencia de los dados que tienen seis lados, la *taba* tiene dos: el lado liso que pierde y el lado cóncavo que gana. Una noche en que la suerte se inclinó por Martínez, García se estaba retirando decepcionado de la pista de suelo apisonado y cercado por tablas, cuando Martínez, seguro de que aquella noche la suerte estaba de su lado, lo desafió.

—¿Así que tenés miedo, y te vas con el rabo entre las piernas, no?

—He perdido todo —contestó García alzándose de hombros.

—Pero tenés tu rancho y tus caballos —Martínez lanzó las palabras como si fueran cuchillos.

Los otros gauchos se opusieron. Nunca habían apostado de modo que un hombre pudiera quedarse sin techo. Pero García aceptó el desafío.

Apuntó al área delimitada donde la taba debía caer, la lanzó y ésta cayó fuera mostrando el lado liso. Había perdido la apuesta.

—¡Qué lástima, che! Pero... por amistad te daré tres días para que consigás en dinero lo que cuesta el rancho. Me pagás y quedamos en paz —dijo Martínez aparentando una lástima que no sentía, puesto que en el fondo estaba satisfecho de haber ganado.

—¿Tres días? Sos un demente indeseable —protestó García, y, ciego de ira, trató de sacar su cuchillo conocido como *alfajor*, pero los amigos se lo impidieron.

—Tratá, García. Tratá. No hay peor cosa que no tratar —le aconsejó un viejo gaucho dándole palmaditas en la espalda.

Los otros dijeron cosas parecidas sin saber qué más expresar ante tamaña situación. Las apuestas en el juego eran sagradas, si se aceptaban, y el que ganaba, ganaba y el que perdía, perdía; así de simple.

Como era de esperarse, cuando regresó al rancho y contó lo ocurrido a su mujer, ella lo mandó a ensillar otra vez su caballo alazán y lo envió directito a Santa Rosa, la capital de la provincia de La Pampa.

—Me parece imposible que consigás en tres días lo que nos ha tomado años lograrlo —la mujer meneó la cabeza con indignación—. Buscá en la ciudad y no volváis con las manos vacías..., querido— y ese “querido” sonó tan terminante como una de las trompetas del juicio final.

Entonces, García se puso otra vez el poncho rojo, el sombrero de cuero llamado *panza de burro* y emprendió el viaje aquella noche tan oscura como la tristeza que le recorría desde la cabeza hasta las botas de potro.

Galopa, galopa y galopa se fue alejando su figura de la casita de adobe. Pasó dos horas y en la lejanía vio una luz pequeñita que brillaba.

—Mirá, Canelo, otro rancho. Allá descansaremos un momento —le habló a su caballo.

Cuando llegaron, la puerta de la casa estaba abierta meciéndose al viento que se había levantado. García desmontó y entró saludando. En una mesa vio el candil que brillaba. Como nadie contestó sus saludos, el hombre sintió un escalofrío, aunque se dijo para sí mismo que era un gaucho y los gauchos no son miedosos pero sí precavidos y bastante curiosos, así que amarró su caballo en la parte trasera de la vivienda antes de regresar a investigar.

El fogón estaba casi apagado. García se puso de rodillas para soplar en las brasas cuando escuchó cascos de caballos y voces de hombres y mujeres. De un salto se subió a la mesa, de allí a una viga del techo donde se acostó para que no lo descubrieran.

La gente entró riendo y metiendo bulla. En pocos segundos la luz del fogón iluminó la estancia. Unos pusieron a hervir el agua para preparar el mate; otros sacaron botellas de vino en medio de risas y bromas.

García tragó el susto y decidió que esperaría el momento oportuno para darse a conocer antes de partir en su caballo.

Tres guitarras se pusieron de acuerdo y las voces se unieron en una canción:

“Lunes y martes,
y miércoles tres,
jueves y viernes,
y sábado seis...”.

Algunas parejas salieron a bailar y los músicos continuaron siempre con el mismo estribillo que terminaba igual sin cambiar ni de letra ni de melodía.

Esto se repitió durante una hora. Al parecer, esta repetición no molestaba a la gente, que cantaba y bailaba con mucho entusiasmo, pero García, entumecido y en el colmo del aburrimiento, no pudo más al llegar la canción a “Y sábado seis...”, y gritó desde su escondite:

—¡Con cuatro semanas se ajusta el mes!

Los guitarristas reaccionaron primero.

—Gracias, amigo. Hacía años que buscábamos completar la estrofa —explicó el más alto de ellos, quien tenía una gran barba negra que caía encima de su pecho.

—Bajá, bajá, que tenemos algo para vos en agradecimiento por tu ayuda —dijo el segundo guitarrista, señalando un fardo apoyado contra la pared. El tercero repitió

exactamente lo mismo, quizás por costumbre de corear las frases.

García se bajó de la viga saltando encima de la mesa. Tac, tac, sonaron las suelas de sus botas y en ese instante la gente desapareció. El gaucho quedó solo en la habitación iluminada por las llamas del fogón. Se aproximó al fardo, lo abrió y su sorpresa fue un sobresón: ¡estaba lleno de oro en polvo!

Fue a buscar al caballo preguntándose cómo haría para llevar tremendo peso en su montura. La respuesta la tuvo al ver que una carreta estaba amarrada al caballo.

—¡Me hicieron el favor completo! —expresó García su satisfacción.

En el camino de regreso, el gaucho fue a tanta velocidad que los zorzales dejaron de trinar asustados por el zumbido de los ejes de la carreta.

García llegó a su rancho, justo cuando la noche huía ante los certeros rayos del sol que lo alcanzaron a pesar de esconderse en las ramas de los ombú, los árboles de La Pampa.

Una vez contada la aventura y enseñado el oro a su mujer, García la envió donde Martínez a preguntar que cuánto estimaba que era su deuda si la pesaba en oro en polvo, ya que así se la pagaría.

La mujer regresó con la noticia; después de reír a carcajadas, Martínez mandó a decir que pedía diez libras de

oro en polvo y que con eso se sentiría satisfecho y la deuda saldada.

García y su mujer pesaron el oro y él lo llevó personalmente a Martínez.

—Pero... pero, decime, ¿de dónde lo has sacado? —se asombró el gaucho—. Contame, que para algo somos amigos, ¿no? —pidió frotándose las manos.

García se lo contó y, ni bien terminó, vio que Martínez ya se alejaba en su caballo siguiendo la dirección indicada. Galopa, galopa, galopa y al anochecer llegó al mismo rancho descrito por García, y guiado por el candil prendido. El viento golpeaba la puerta abierta. Martínez se subió en la mesa, de allí a la viga y se acostó para que no lo descubrieran. Escuchó ruido de cascos de caballos y voces de hombres y mujeres que entraban. Los guitarristas afinaron sus instrumentos.

—Vamos, vamos, pronto... —se susurró a sí mismo Martínez, quien ya tenía planeado en detalle lo que haría con tanta riqueza.

Y tal cual relató García, la gente empezó a cantar:

“Lunes y martes,
y miércoles tres,
jueves y viernes,
y sábado seis,
con cuatro semanas
se ajusta un mes”.

No bien terminaron de cantar, Martínez saltó a la mesa gritando:

—¡Les falta el domingo siete! —y, contoneándose, esperó recibir el premio por su ayuda en completar la canción.

Sin embargo, lo que recibió fue puñetazos de los furiosos hombres y arañazos de las enardecidas mujeres.

A duras penas, Martínez pudo escapar con vida del rancho y, como fue a quejarse a gritos donde García, todos los gauchos de Chirulo se enteraron de su desafortunada aventura. Desde aquel momento quedó el famoso dicho que se utiliza cuando alguien “mete la pata” o dice algo inapropiado:

—¡Ya salió con un domingo siete!

Y... ¡sanseacabó!

El mito de la hierba mate

Cuentan los abuelos que hace mucho tiempo, cuando la Luna era recién una jovencita denominada Yací en lengua guaraní, bajó a pasear por la selva acompañada de su mejor amiga, una nubecita regordeta llamada Araí.

Una vez en la Tierra, Yací, la Luna, y Araí, la nube, se transformaron en unas bellas muchachas. Las dos escogieron tener cabellos largos (que estaba de moda entre las humanas); Yací, harta del plateado, optó por el color dorado y Araí por un tono negro, profundo y brillante.

Cubiertas con mantos de hojas, comenzaron a caminar por la selva.

Conversa, conversa y conversa, fueron por allí admirando todo: el color de las mariposas, el trinar de los pájaros, los monos tan graciosos y bla-bla-bla compitieron con las cotorras.

Tan distraídas estaban que no notaron una sombra que las acosaba relamiéndose los bigotes..., bueno, la sombra no, pero sí quien la proyectaba: un enorme y hambriento *yaguareté*, el jaguar.

Cuando ellas se detuvieron para hacer coronas de flores, el yaguareté también se detuvo a pocos pasos, y no precisamente interesado en decorarse la cabeza con flores sino en embutirse a las dos jovencitas en la panza.

Yací y Araí rieron al probarse las coronas sin la menor idea de que corrían un peligro de muerte, ya que, una vez transformadas en humanas, eran vulnerables como cualquier mortal.

Afortunadamente, otros ojos también tenían la mirada puesta en aquella escena. Eran negros y astutos. Pertenecían a un rostro arrugado que a la vez era parte de una cabeza gris asentada encima del cuerpo de un cazador guaraní.

Detrás de Yací y Araí, el yaguareté inclinó las patas traseras y saltó formando un arco en el aire. Al mismo tiempo sonó un zummmm y se escuchó un quejido.



—¿Escuchaste? —preguntó Yací mirando a su alrededor.

—Sí. Los mosquitos son enormes en esta selva —contestó Araí, quien se las daba de conocer la Tierra mejor que su amiga Yací.

—¿Y el quejido? —se intrigó Yací.

—Mmmm. Seguramente pisamos a una hormiga —explicó Araí.

Yací dijo que ella no quería hacerle daño a nadie, ni a una hormiga, y que quizás era tiempo de regresar al firmamento. Justo en ese momento, el yaguareté, que había caído entre la maleza herido por una flecha, recuperó fuerzas y se abalanzó encima de ellas.

De pronto, otra vez sonó aquel zummmm y otra flecha no permitió que el jaguar lograra sus intenciones.

El cazador se aproximó al lugar todavía sosteniendo el arco. Podía jurar que esas dos muchachas habían estado a punto de ser atacadas por el yaguareté que yacía a sus pies. Buscó entre la maleza sin encontrar rastro de ellas, ni la más pequeña huella.

—Qué se le va a hacer. Son misterios de la selva —dijo cargando al animal para llevarlo al caserío.

Esa noche el cazador vio a las muchachas durante un sueño.

—Venimos a agradecerte —dijo la de largos cabellos dorados.

—Por salvarnos la vida —repitió la de largos cabellos negros.

—¿Dónde se ocultaron que no las encontré? —se interesó el cazador.

Ellas señalaron al firmamento. Yací explicó que ella era la Luna y Araí, una nube.

A continuación, Yací le regaló una planta pequeña y la sembró junto a la puerta de la cabaña del viejo cazador.

—Se llama *caá* y desde ahora simbolizará la amistad —explicó Yací—. Para mañana habrá crecido. Entonces, cosechá las hojas, toсталas, molelas y ponelas en un cuenco con agua muy caliente. Esta bebida podés compartirla con tus amigos —añadió antes de despedirse.

Al despertar, el cazador encontró que aquella planta había crecido. Siguiendo las instrucciones de Yací, la diosa Luna, cosechó las hojas, las tostó y las molió en un mate que llenó con agua muy caliente. Luego invitó a todos los del caserío a compartir aquella bebida.

De esta manera nació la costumbre de beber mate.

Y... ¡sanseacabó!